

Centenario de Beethoven

UNA PAGINA DE SU VIDA

La sonata catorce la dedicó Beethoven a su adorada Julieta.
En aquel amor nuevo vislumbro el autor del «Fidelio», la aurora de una nueva vida.

Después de la célebre y amarga carta al doctor Vergeler, el 16 de Noviembre le dirige otra que empieza así: «Vivo en la actualidad en perpetua e inflexible dicha... Tal cambio es obra de una mágica niña que me ama y a la que amo».

A esta dulce desdenosa, a esta «mágica niña» fué dedicada en un delirio pasional esa poética sonata «Claro de luna».

Beethoven amaba a Julieta plenamente: con un amor henchido de agradecimiento y de ternura; uniate a ella un sentimiento casto, lleno de delicadezas, pero luminoso y duro como el diamante.

Pero Julieta, el lindo paje-cillo, la niña desvuelta digna heroína de Boccaccio, era una sensual casquivana, y no tardó en romper los frágiles lazos que la unían al Júpiter de la música pura, para añadir otros irrompibles en un matrimonio rápidamente concertado con el conde Wenceslao Geliemberg.

Beethoven, al despertar de sus delirios amorosos, herido a la vez en la materia por una enfermedad incurable—la sordera—y en el alma por una traición femenina, se retiró a la soledad de Heiligenstadt, en busca de un bálsamo que mitigara sus angustias.

Desde allí lanzó el desgarrador testamento, de trágicos acentos: «¡Oh, hombres, que me creéis cruel, intratable o misántropo, cuan injustos sois conmigo! No conocéis las secretas razones que tengo...»

NOTAS BREVES

¿Como era Beethoven?

El gran maestro de Bonn ha sido el hombre de los contrastes más repentinos. Esto hace difícil que no se haya podido trazar fielmente su retrato.

Escritores como Grillparzer y Lenau, no consiguieron en sus croquis poéticos, presentar una imagen definitiva.

Los pintores Stainhauser en 1800 y Mähler en 1804-1805, lo presentan muy estrecho de espaldas, y en otros, no muy posteriores, de complexión más robusta. Leffronne lo muestra con gesto austero, agrío, displicente; Klöber, en cambio, lo retrata melancólico y soñador; Schimon, le presta una mirada triste; Stieler una mirada profunda.

El escultor Klein, nos da a conocer a Beethoven con su frente ancha, nariz levemente aplastada y corta, mandíbulas salientes, boca arqueada, y sus negros cabellos revueltos, enmarañados.

Ruinas de Atenas

Paso por necesidad diariamente frente a una casa, y un buen día al que siguieron otros muchos, observé que cuantas veces por allí transitaba se oían los sonidos vibrantes de una pianola, que casi sin descanso interpretaba las más variadas composiciones musicales pertenecientes a todos los géneros. Hubo, sin embargo, de todas cuantas piezas al paso escuchaba, una que llamó poderosamente mi atención, lego en la materia, desconocía su título y su autor.

Transcurrió el tiempo y fué presentado a los moradores de la casa de referencia, y, a las cuantas semanas hubieron de obsequiarme con una audición del vasto repertorio que poseían. Entre las varias piezas que en mi honor se interpretaron, tocó en suerte a «Ruinas de Atenas» de Beethoven, en la que reconocí la composición que tanto me gustara.

Encantado estaba yo por poder, aún a pique de morir, oír la música que fuertemente me impresionase, cuando un día, de triste recordación, conociéndome el ilaco me invitaron a que yo la tocara.

Los movimientos de palancas y resortes parecían sencillísimos, pero ¡Oh desilusión no habian hecho mas que rimar los primeros compases, cuando sin acomodarse a escala alguna, varias notas en tropel se sucedieron con una intermitencia tal que mi propio aturdimiento impidió hacer cesar y acallar.

Al momento apareció en la puerta del salón una doncella con recado de la señora en que prohibía la ejecución que momentos antes había oído.

MI AZORAMIENTO fué grande y en aquél instante prometí no hacer funcionar los instrumentos mecánico-musicales.

Varias veces después, he oído interpretar «Ruinas de Atenas» la agradable impresión que tenía no ha menguado ni un ápice, y sin embargo de cuantas veces lo he escuchado ninguna me ha parecido tan de «Ruinas», como la vez que yo la ejecuté.

DE LA

músico Luis de Beethoven, celebrarán hoy sábado, una velada literario-musical, el primero, y un concierto-homenaje, el segundo, el domingo, a las once y media de la mañana.

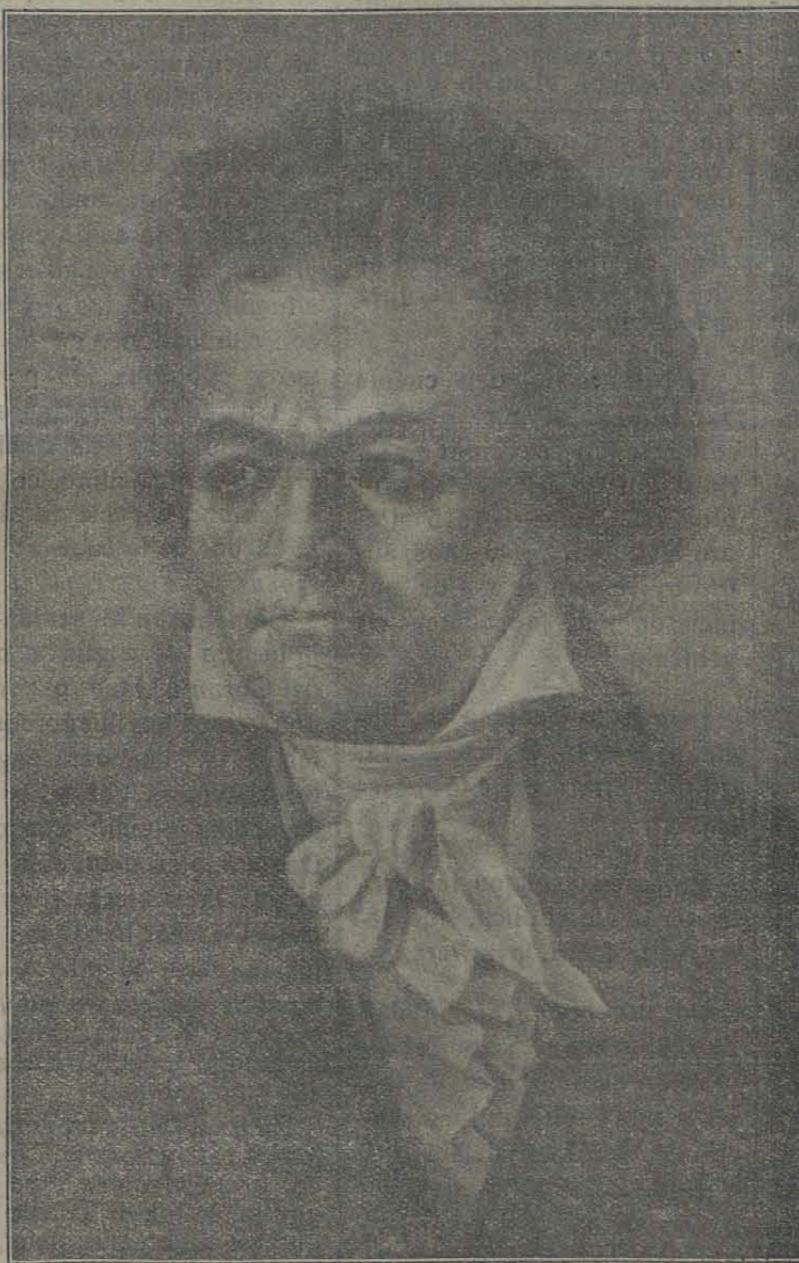
En la velada de esta tarde tomarán parte los profesores de aquel centro, señores Agüera, Sanz y Cortes. Además dará una conferencia el ilustre literato don Enrique Martí, sobre el tema «Relaciones entre la vida y la obra de Beethoven».

En el concierto-homenaje tocarán varios músicos de esta localidad, y ejecutarán: V. Sinfonía en «la» y el Septimino op 20.

Dada la importancia que en el mundo musical, tiene esta fecha bien merecida otra cosa.

¡Otra vez será! Esperemos el de Schubert, que se celebrará el año venidero.

PUNTILLO.



LUIS DE BEETHOVEN, GENIAL MÚSICO DE BONN, CUYO PRIMER CENTENARIO DE SU MUERTE SE CELEBRA HOY

Beethoven, uno de los seis

Cuando leímos la contestación de Wells a la pregunta que le hiciera un redactor de «The Standard Magazine» sobre quienes eran, en su opinión, los seis hombres más grandes de la historia, nos quedamos perplejos. La pregunta, necia como la con sidero Bernard Shaw, no era rotundamente coniestable pues habrían de guardar sin alusión grandes prestigios de la humanidad. Wells, no obstante, sorprendió al público destacando seis nombres, todos ellos respetables, pero no todos ellos figuras primiciales de la historia. Cristo, Budha, Aristóteles y hasta, concediendo bastante, Roger Bacon y Abraham Lincoln estaban bien colocados en la selección de Wells: pero ¿y el rey Asoka? El rey Asoka es una revelación, es la resurrección de un gran muerto insospechado. El mismo crítico del «Times», A. B. Walkley confiesa no haber oído hablar en su vida del monarca oriental.

Al leer la contestación de Wells, nosotros esperábamos hallar a Beethoven entre los hombres más grandes de la historia, pues si bien Cristo o Aristóteles han impreso hondas huellas en lo moral y lo intelectual de la humanidad, Beethoven, haciendo sentir, haciendo vibrar de puro goce estético lo más íntimo de nuestra sensibilidad, era digno, como pocos, de la inmortalidad consagrada.

Debe ser, pues Beethoven uno de los seis genios de la humanidad, y hemos de considerar justo todo empeño vindicativo. Artista sobre cualquier otro linaje de actividades consuetas, nosotros, en esta fecha memorable, declaramos con toda emoción nuestro fervor beethoveniano:

Decir que Beethoven se impresionaba estéticamente de las obras geniales de los más altos poetas, no es decir nada nuevo. Todos saben cómo le inspiró «Coriolano», y cómo «La Tempestad» sha kespeariana le hizo concebir su famosa «Appassionata»; y la conclusión a que conducen estos hechos probados es a de afirmar que la mejor música es una consecuencia fatal de la impresión poética, lo cual viene a refrendar la conocida opinión de Rubinstein: «la música comienza donde termina la poesía».

Pero Beethoven no era solamente una gran fuerza creadora a servicio de la Estética. El estimable literato portorriqueño José Agustín Balseiro recoge con providente oportunidad en un ensayo sobre «el nacionalismo musical francés» una afirmación, bien contrastada por lo demás, hecha por Alfredo Unterstein anteriormente en su «Breve historia de la Música». Decía este crítico alemán que Beethoven «no era solo un músico como Mozart, y especialmente Haydn, sino también un profundo pensador, interesado por los problemas sociales y las ideas nuevas». Esto es quizá lo que ha aumentado en el concepto general de nuestro tiempo la estimación a Beethoven.

Sin embargo, el inmortal sintonista no ha sido tan bien comprendido como cree Ortega y Gasset sino hasta la hora presente. En los puntos de esta correcta pluma, el supuesto deviene grave, pues estimamos, como ya dijeron nuestros críticos franceses de

CENTENARIO DE LA MUERTE DE BEETHOVEN

1827-1927

Su VIDA. Fué compleja y dolorosa y triste. Nace en Bonn en 1770 y sus primeros años se desenvuelven en la estrechez tenebrosa de un ambiente mísero que había de proyectar en su alma recuerdos dolorosos de sombra. Pero tal ambiente es como arco que le lanza a las locas aventuras del Genio.

Su gloriosa ambición le conduce a Viena en plena adolescencia y allí su espíritu se disciplina en las enseñanzas de Mozart y Haydn y su juventud, se deslumbra ante la acogida que la más selecta aristocracia austriaca le dispensa. Pero Beethoven es un meditativo y un sentimental. Su mundo es muy superior a los selectos que le rodean y por otra parte el Dolor le acaricia y le aísla.

Su sordera es cual alcázar silente que le concentra en sí mismo; la ingratitud del ser más amado como zarpazo que hace vibrar las cuerdas más sensibles de su corazón romántico, y el derrumbamiento de sus esperanzas amorosas logra que su inspiración grandiosa (vértigo y estruendo de tempestad), se desdoble en insospechables ternuras y apasionados sollozos, en su sonata «Claro de luna».

¿Julieta Guicciardi obró el milagro con sus besos? En el portentoso cerebro del maestro el ansia de libertad es inextinguible.

Ella le hace romper moldes clásicos lanzándole a innovaciones inesperadas, completar la tragedia «Egmont» de Goethe, con sus deliciosas armonías, formando un himno candente a la libertad y al amor, y le lleva al límite de la misantropía al despreciar los prejuicios sociales.

Su vida pudo motivar el juicio del «Filósofo»:

Toda Obra maestra es una (cima: la Soledad es el reino del Genio); la Impopularidad su aureola...

la época beethoveniana y después ha subrayado el mismo Ortega, que su música ha debido parecer primeramente dura y complicada, ni más ni menos que hoy aparecen ciertas obras de Debussy o Ravel, a los cuales admiramos en su evidente genialidad. Y lo mismo que hoy son todavía poco comprendidos estos compositores, lo fué entonces Beethoven, porque no se estaba habituado a su técnica, a su concepcionalidad un tanto esotérica. Beethoven no es el autor preferido de un auditorio mesocrático y burgués, como pretende mostrarlo Ortega y Gasset, sino el autor que, no habiendo sido de nadie alabado, es hoy el genio musical más venerado, no solo del «pacífico comerciante», el «ingenio empleado» o la «señorita de «comptoir», sino también por la más elevada aristocracia del sentimiento o la inteligencia.

Su GLORIA. Dada mi escasa cultura musical no me es posible apreciar totalmente las múltiples bellezas de su obra gigantesca, mucho menos juzgarla. Pero si la crítica está vedada para los profanos, no así la emoción estética que la belleza produce con sus varias formas, emoción que resulta intensificada con la sugestión que la música ejerce.

«Sonatas y Sinfonías», son claras fuentes inagotables de sentimiento, en la que el estado anímico del autor se adueña del espíritu de los agentes, y bien les arrebató de entusiasmo con su «Apasionata», o les hace llegar a una dulce comunión de arte con la Patética.

El siglo transcurrido fué tiempo suficiente para que su música esotérica, sea amada por las multitudes; y como tributo al Inmenso, sus bocanillos iluminaron todas las visiones de su vida (hasta el sagrado de sus amores y desesperanzas, los críticos asaltaron una y mil veces las joyas que creara, reverenciándolas como insuperadas e insuperables y el Arte eternizó su figura en incontables monumentos. Entre éstos es un acierto pleno el que en mármoles, varas y bronce erigiéronle en Leipzig. La figura central muestra ese gesto de concentración que indica la plena actividad creadora del artista, momento sublime, en que su alma fué rosal que a cada golpe de la fatalidad ofrecía una nueva y esplendorosa floración.

Max KLINGER, como Victorio Macho, en su monumento a Ramón y Cajal, superó las modernas estilizaciones, empleando el desnudo para conseguir magníficos efectos de serenidad y grandeza, siguiendo una vez más los cánones inmutables de belleza que el espíritu helénico creara...

M. BIEDMA.

Conformes con el admirado espectador que es Ortega en cuanto al reconocimiento de la complicación arquitectónica beethoveniana; discrepantes—partiendo nuestra discrepancia de este mismo reconocimiento—en cuanto a que las disposiciones emotivas de un auditorio de clase media perciba en el arte de Beethoven la plasmación de sus primarios sentimientos antes que los suyos un auditorio exquisito de espíritus selectos.

Hoy—repetiremos—Beethoven, es de todos; mejor dicho: todos somos de Beethoven. y la honda huella que ha dejado en la sensibilidad de la humanidad recama para el hombre de Bonn un puesto junto a los otros cinco más grandes prestigios de la historia.

JOSÉ CÁNOVAS Y ALBARRA

